

SASTRE, Santiago: **Las flores del campo no quieren maceta**. Ventas con Peña Aguilera (Toledo), 2013.

Juan José Fernández Delgado

Este es el octavo libro de poesía que publica Santiago Sastre, poeta de desbordante inspiración que siempre encuentra la palabra justa y adecuada al alcance de la mano. Se trata de una poesía distendida, amena, ocurrente, informal y aparentemente, sólo aparentemente sin compromiso, como verá quien leyere. Aunque aparecen algunos sonetos y tres o cuatro populares romances, que también exigen el cómputo métrico, gusta Sastre del poema de versos sueltos, libres y liberales, sin ataduras ni encorsetamientos, como “las flores del campo”, que rechazan cualquier “maceta” o jarrón. Aunque abundan los versos heptasílabos y endecasílabos, a modo de silvas sanjuanianas o frayluisianas, también se mezclan versos de cinco, siete y ocho sílabas con los dodecasílabos y los versos de 13 y aun con alejandrinos; juega también con la combinación de versos exasílabos y heptasílabos, por lo que proliferan los poemas polimétricos y polirrítmicos, con la intención de romper “macetas” y de buscar la expresividad franca y absoluta. Hay también varias muestras de *haikus* japoneses. Por todo ello, en “Sonetimiento” el poeta exalta y proclama la libertad del verso libre.

Resulta admirable la facultad creadora de Sastre y su facilidad expresiva, pues, además de dar con la palabra precisa sin aparente dificultad, tiene la metáfora “entre los pucheros” y al alcance de la mano. Quiero decir que alcanza las metáforas más expresivas con un lenguaje cotidiano, popular, al alcance de cualquiera, con el lenguaje poco poético por ser de dominio público. Y ahí está la dificultad: convertir en poesía lo manoseado estrujando el lenguaje para extraer su máxima significación. Decía al principio que se trata de una poesía “ocurrente”, pero también “recurrente”, lo que hace de la poesía de Sastre un sí es no es reiterativa en cuanto a su modo de expresión, pues emplea pocos recursos lingüístico-literarios vapuleados, eso sí, por una envidiable ingeniosidad y arrolladora inspiración: lenguaje próximo y coloquial y modismos o frases hechas a las que cambia una palabra, o las introduce en un nuevo contexto, o bien rompe las frases hechas, para darles un nuevo significado; y entre este lenguaje que nada tiene de poético logra extraordinarias metáforas llenas de expresividad. Este es el principal recurso lingüístico-literario de Sastre, y la anáfora, muy recurrente en toda su poesía, y la alusión nominal a muchos de sus poetas preferidos –todos los de la famosa generación “del 27”, a la que homenajea en “Suenan las guitarras”, con Juan Ramón y Antonio Machado a la cabeza, y a León Felipe-, y a otros posteriores. También alude a ellos mediante alusiones versales. Así, a Rafael Alberti mediante esta pregunta que nos consueña con **Marinero en tierra**: “¿Por qué me miras tan serio./ marinero?”, reiterada dos veces más en la brevedad del poema; “Así es la rosa,/ inalcanzable como decía Borges”, pero también lo proclamaba Juan Ramón Jiménez; “con tu chica fieramente joven y descaradamente guapa”, con que evoca resonancias de “**Ángel fieramente humano**”; y recordando también a Blas de Otero acude Sastre al fonetismo expresivo persiguiendo la máxima efectividad comunicativa: “el pensamiento te *echa chapapote*/ y te pone una blusa con su asedio”, y a García Lorca cuarenta veces: “Él (girasol) se gira poco a poco/ bebiendo la luz sin miedo”.

Pero no todo es juego, humor, desenfado y culturismo, ni juegos o creación de palabras e ingeniosidades expresivas en el poemario de Santiago Sastre: debajo de todo ello y de unos cuantos recursos lingüístico-literarios, pocos (metáforas, anáforas, personificación y algunas aliteraciones, pocas también), se percibe un poeta serio y pudoroso que confiesa su resignación ante el paso del hombre en el tiempo, pues el tiempo es siempre el mismo: “Siempre va por la calle en chándal./ Nunca tiene caries/ ni le crece la miopía. Entra en una iglesia/ para

respirar el incienso de lo eterno”; en “El disgusto del coito”, con su implicación paradójica incluida, en el que parafrasea un soneto de Shakespeare, prevalece el tono narrativo, y hay frases y expresiones hechas, pero, a su vez, es una invitación a buscar el verdadero amor. En “El perfeccionista” invita a aceptar nuestras propias limitaciones que impide la perfección plena, e invita también a la autenticidad, a huir de aborregamiento en “No vayas donde va Vicente”... Manifiesta, asimismo, el poeta sus creencias en “Mi camino sólo es mío”, pues sólo hay estelas en la mar, como dice Antonio Machado, y cada uno debemos labrarnos el nuestro.

Dos más son las características del poemario de Santiago Sastre: la dedicación de numerosos poemas a amigos, con lo que pone en evidencia su generosidad, o su encabezamiento con cita de otros poetas, con lo que alude a su admiración y débito; la segunda particularidad es la constante referencia al *tú* receptor, lo que implica, a su vez, la función conativa o apelativa del lenguaje y el tono conversacional, familiar y, a veces, intimista de los poemas; y también el tono narrativo que adquieren otros poemas. Y esta aproximación al lector justifica –o exige como más adecuada– la presencia del lenguaje popular y coloquial; de aquí las frases hechas, los coloquialismos, que ha de potenciar rompiéndolos para lograr la función poética del lenguaje, para convertir lo próximo y prosaico en literatura. Valga como muestra el primer poema: “Pasa y lee (tú)./ Aquí os muestro (a vosotros)/ un poco de *este* que soy,/ de *ese* en el que ando por ahí/ y de *aquel* que me gustaría ser./ Cada poema es un árbol/ donde cuelgo mis gorriones (mis ilusiones, mis alegrías),/ mis latidos descamisados (mis rebeldías),/ mis desiertos dulces (mis utopías, mis creencias),/ mi oleaje de azoteas (mis fantasías y quimeras). Ven, acércate./ Busca y rebusca,/ que seguro que encuentras sangre de tu talla./ Porque mi humanidad/ no es muy distinta de la tuya.”.

Y como si Santiago Sastre no quisiera dar por concluida su fluidez mental, en la parte final del libro nos agasaja con una veintena de ingeniosas siluetas agrupadas bajo el título común de “Algunas vidrieras de la catedral de Santiago”. Cierra el libro con un poema de carácter *confesional* en el que habla al hipotético lector, pero que siente próximo, de su tránsito por este poemario: “Os he contado cómo suena mi respiración/ y qué color tiene mi manera de ver el mundo (...) Aquí os dejo estas esquemáticas pinturas rupestres/ para que sepáis mis miedos y mis esperanzas/ cuando salgo de mi cueva/ a tomar una cervecita/ y a cazar la libertad a cielo abierto.” Un entrañable dibujo y muy en consonancia con el título del libro de María Jesús, pues se trata de unas flores, cuyo vigor hecho rebeldía, rompen la empecinada maceta que quiere aprisionarlas.